

color y el volumen. Imbricar esas formas y colores consiguiendo que salieran y entrasen en la figura dibujada, confundiendo forma y fondo, como el aire que vacío entra en los intérpretes e instrumentos y sale lleno de sonido. Tenían que respirar y que moverse y, sobre todo, tenían que “sonar”. Estas consideraciones sobre la línea y el movimiento y los dibujos griegos me acercaron a los recursos del comic, aunque debía disfrazarlos de algún modo, para que la “concentración” del intérprete tampoco se perdiera.

Estos fueron los presupuestos con los que comencé ésta serie de cuadros de “músicas” a los que confío haber hecho “sonar.”

Madrid, 9 de noviembre de 2012  
BELÉN FRANCO



*Trompetista.* 2012. Acrílico y óleo sobre lienzo. 46 x 40 cm.

EXPOSICIÓN: DEL 13 DE AGOSTO, AL 12 DE SEPTIEMBRE DE 2014

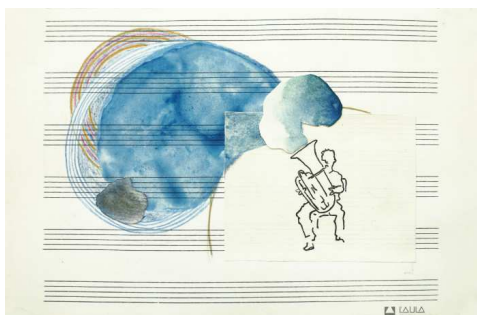
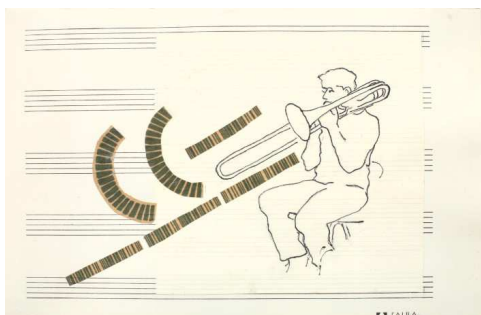
G A L E R I A S I B O N E Y

SANTA LUCÍA, 49 / 39003 SANTANDER  
[www.galeriasiboney.com](http://www.galeriasiboney.com) / [info@galeriasiboney.com](mailto:info@galeriasiboney.com)



**BELÉN FRANCO**

*Las Músicas pintadas*



Dibujos de los cuadernos *Playing II y III*. 2014. Dibujo y collage sobre papel pautado. 14,5 x 21 cm.

### *Las músicas pintadas*

Durante años he trabajado con orquestas sinfónicas, un extraño destino. Aún gustándome la música clásica desde niña nunca pensé que se pudiera trabajar con una orquesta sin ser músico. Cuando decidí dedicarme a la pintura necesitaba, como tantos artistas en sus comienzos, un trabajo cuyos ingresos me permitieran vivir y, lo más paradójico, gastármelos en poder pintar. Por mis conocimientos de inglés, y gracias a un encuentro con una compañera del colegio, comencé a trabajar de intérprete en una empresa, Ibermúsica, que traía grandes orquestas extranjeras de gira por España. El número de giras y la intensidad de las vivencias que aportaban (cada vez una orquesta nueva y de diferente nacionalidad) era tan fuerte que, cuando después de siete años se creó la Joven Orquesta Nacional de España y me llamaron para sus Encuentros, decidí incorporarme a ella, pensando en que aún siendo más largos eran menos los periodos de separación del estudio y esto me permitiría reducir el grado de esquizofrenia y centrarme más en la pintura. Efectivamente, esta esquizofrenia se amainó en gran parte, pero ha seguido acompañándome hasta hoy. La combinar la quietud, soledad e introspección en el estudio y el movimiento, la socialización y la necesaria extroversión del trabajo en las giras me ha supuesto siempre un esfuerzo mental doloroso, aunque imagino que enriquecedor. Salvo algún boceto rápido aquí o allá aprovechando algún ensayo o la oscuridad de una sala durante un concierto- algunas veces fruto del aburrimiento, otras de la nostalgia del lápiz o de la necesidad de recogerme- esta fractura me ha impedido durante años unir ambos mundos.

Con parte de ese material, hace pocos años, junté un primer cuaderno. Mientras seleccionaba los dibujos que lo compondrían, caí en la cuenta de lo interiorizados que tenía tanto los gestos de la cara como los movimientos del cuerpo que, dependiendo del instrumento que tocaran, caracterizaban a los intérpretes. Fui consciente de que el sonido estaba presente en esas imágenes y que, además, de los muchos sonidos que puede producir cada instrumento siempre había uno que preponderaba en mi mente, en unos una nota larga, un ataque, un pizzicato, o un trino en otros. Ese sonido, de ese instrumento, tenía forma y tenía color y así empezó a surgir la idea de los primeros lienzos. No se trataba pues tanto de la música (las estructuras, las melodías) como de la

estructura del sonido de cada instrumento cuando ensaya, cuando repite, o cuando afina para mezclarse con otros sonidos de otros instrumentos para tocar juntos.

Los ejemplos anteriores de pinturas de músicos, desde los maestros flamencos y holandeses hasta los Matisse, no me servían. En los primeros el dibujo y el conocimiento de las posturas era impecable pero parecían querer reflejar un ambiente: una atmósfera festiva o de comunión familiar. Entre los que conozco, solo “El flautista” de H. ter Brugghen, se acercaba a “esa respiración” y a “ese sonido”, que yo entendía como necesarios. Sin embargo, pese al movimiento circular que intenta crear con las rayas de la mangas, el movimiento de los cortes en el chaleco y la levedad de las plumas que flotan en el sombrero, la belleza del volumen en la figura y su separación del fondo la paralizan,. En cuanto al mural “La Música” de Matisse nunca lo he entendido, no me funciona, como tampoco sus bocetos o lienzos preparatorios, en todo caso habla más de la música que de sonidos concretos. Algo más cercana sentía alguna miniatura persa en la que el abigarramiento de figuras, geometrías y colores, conferían ese movimiento, o los dibujos de las cerámicas griegas normalmente incluidos en una cenefa geométrica en los que se refleja la concentración de la escucha del sonido por parte del intérprete.

Necesitaba, por tanto, conservar la línea de aquellos dibujos, y tenía que prescindir de que el color les diera cuerpo porque, de cierta manera, el músico y su música formaban un único cuerpo. Se trataba de que el intérprete fuera la materialización del sonido, pero sin paralizarlo, evitando una corporeidad demasiado presente que proporcionan el

